

Donde el duende

El rasgueo ágil y deslenguado de una guitarra flamenca le colma los sentidos. Las notas huelen a hojarasca, a canela y a sábanas perladas de sudor. Inspira con fuerza, empapándose de ese perfume; una danza de ascuas y escarcha que cristaliza en sus pulmones como el salitre de un escollo, unas veces bañado por el frío oleaje y otras abrasado por el sol. La música le recorre fervorosa el espinazo al ritmo de las palmas y le incita a caminar erguido, a henchirse orgulloso. Entonces escucha otro sonido: un canto desgarrado que parece brotar del mismísimo corazón del bosque, allí a lo lejos. Es un hilillo distante pero intenso, que se le clava en la piel con mordiscos incisivos, agarrándole de los poros y tirando de ellos. Se deja llevar, atraído por él con una urgencia que le empuja a buscar su origen. Sus pies, ahora gráciles, cubren de besos la maleza y abandonan el sendero que lleva al pueblo. A medida que se acerca a esa voz rota y profunda, debe contener un deseo voraz de hacer vibrar el mundo con sus talones. Taconear. Taconear y taconear hasta quedar exhausto. Taconear hasta que sus músculos, quebrados por el placer de los embates rítmicos, digan basta. Taconear hasta olvidarse de su cuerpo y su nombre. Pero aún no. No hasta que haya descubierto la fuente de ese canto. Por eso se propone seguir caminando, adentrándose cada vez más en la floresta. Pero al contenerse... Al contenerse el cuerpo se le llena de mil poemas aun por escribir y los versos rezuman de la superficie porosa de su piel hasta derramarse en el suelo como si fueran lágrimas de júbilo y pena. Entonces la tierra se los bebe, y se sacia, y se emborracha de canciones que hablan de un niño que vio por primera vez un ciervo, y de una madre que huele a cirios y a rosas, y de un yunque cansado de los golpes, y de amantes ciegos que se buscan a tientas entre la muchedumbre, y de un jilguero que al piar embelesa a los halcones y hace sollozar a la muerte.

Abrumado por ese arrebató, se detiene. Su corazón está hirviendo y la sangre le fluye en las venas con el ímpetu de una estampida. Al respirar, el pecho se le llena de vida, y la vida huele a menta y a montañas y a primeras gotas de lluvia sobre el asfalto. Sonríe, sin saber demasiado por qué. Vuelve a sonreír al advertir que no le importa. Entonces, de la boca se le escapa una risa inmemorial, como un huracán que le cosquillea la lengua y el paladar, y su risa llena los rincones de ese bosque que se va tornando infinito. Los árboles crecen a la velocidad de la carcajada y sus copas exuberantes acarician el sol, que parpadea arrullado hasta que, finalmente y sin previo aviso, se apaga como quien pulsa un interruptor. Durante un instante, la penumbra se precipita sobre el bosque abrazándolo todo con su silencio negro. Durante un instante, el mundo se convierte en silueta.

Pero esa pausa es sólo un inciso, una hoja liviana que la brisa mece y vuelve a levantar antes de que toque el suelo. Porque en el seno de esa oscuridad, de repente retumba un trueno. El trueno del bosque. Acto seguido todas las canciones se convierten en fuegos fatuos que hacen estallar la vegetación en un espectáculo de colores. Sus llamas inocuas, movidas por un frenesí eufórico, tocan los elementos a su paso con la curiosidad de mil recién nacidos; se enroscan en las cortezas, saltan de rama en rama, se persiguen juguetonas, se dejan caer al suelo y retozan en el musgo aterciopelado que recubre las piedras. Él contempla extasiado esa vorágine de luz y abre los brazos cuando ésta empieza a arremolinarse a su alrededor. Se abandona al instinto; no desea otra cosa. Así que cuando las llamas se concentran delante de él en un solo punto, formando una esfera candente de un fulgor casi insoportable, sabe lo que debe hacer. Se aproxima a la bola ardiente, que le espera flotando a la altura de su rostro, y acerca la mano con los dedos extendidos. Sus piernas tiemblan de emoción y apenas le sostienen. Entonces, sin pensarlo, toca el haz de luz. El contacto le provoca un hormigueo en las yemas, que recorre su cuerpo erizándole el vello. Pero para su sorpresa, más allá de esa sensación, nada. No ocurre absolutamente nada. El único cambio que percibe es que la esfera va menguando paulatinamente, perdiendo su resplandor como un sueño feliz se desdibuja al despertar. Con el corazón en un

puño, se queda allí de pie hasta que la luz es sólo un punto diminuto y, al fin, desaparece. Su ausencia deja una estela de silencio mortecino y un vacío insaciable en su pecho. Jamás se ha sentido tan hueco, piensa. Y en su desesperación, incapaz de aceptar que eso es todo, recuerda esa voz fascinante cuyo canto le ha atraído hasta las entrañas del bosque. Pero cuando escucha atento para encontrarla de nuevo, lo único que oye es su propia respiración entrecortada y la indiferencia callada de los árboles que le rodean. En su fuero interno sabe que no la encontrará nunca, si es que alguna vez ha existido. Se convence que todo ha sido un delirio. Prefiere pensar que se ha vuelto loco, porque si ha sido real y ha desaparecido para siempre, la nostalgia se le haría insufrible. Desafortunadamente, está cuerdo. Por eso, abatido, se deja caer de rodillas y se lleva las manos a la cara. Entonces, las lágrimas brotan calientes de sus ojos, y de sus tripas, y se acumulan en un charco cristalino donde se refleja su tristeza. Y los sollozos rompen su pecho y su garganta, una y otra vez, y los pájaros enmudecen y las hojas se quedan quietas respetando su dolor. Pierde la cuenta del tiempo, que transcurre lento como el brote de las semillas, y permanece así lo que podrían ser minutos, años o eones. Pero al fin, llegado un punto en el que es incapaz de soportar esa llaga amarga, su voz rasga el silencio.

Y esa voz, rota y profunda, es un canto desgarrado que brota del mismísimo corazón del bosque.